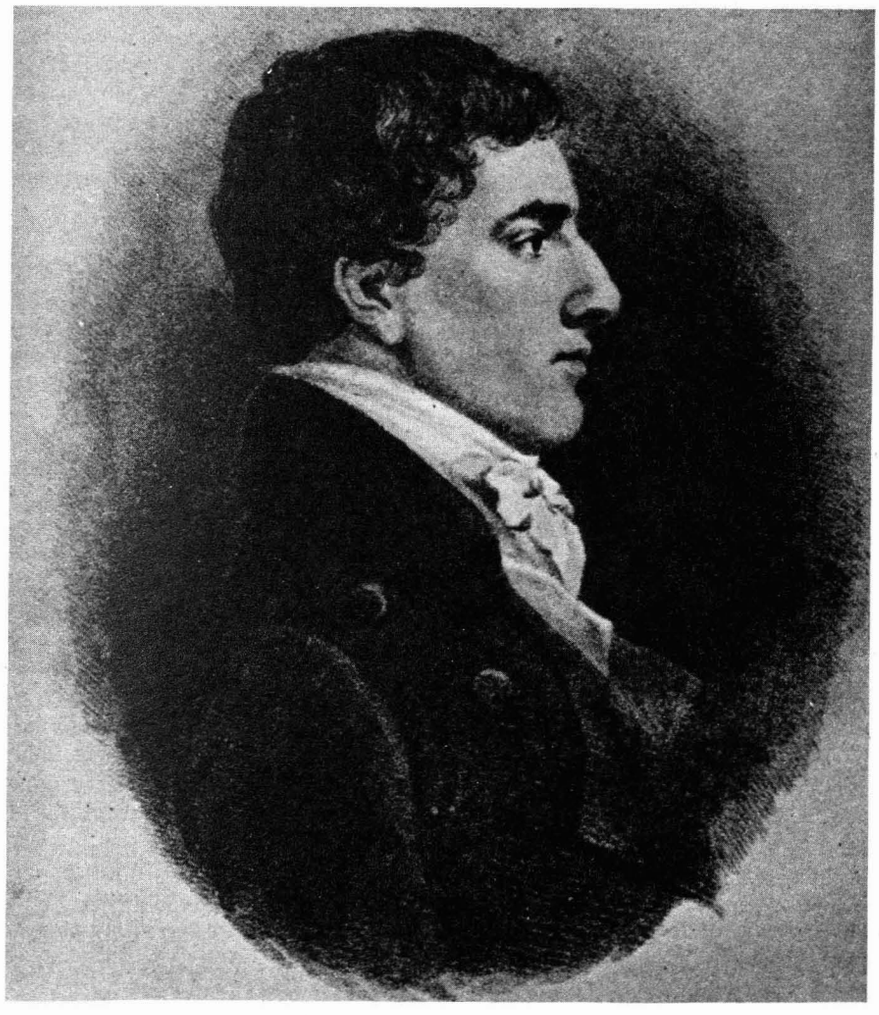
Robert Lynd

Charles Lamb: el genio en la vida común y corriente

Clásicos de la crítica

Crítica de los clásicos

Estamos tan acostumbrados a pensar en Charles Lamb como un escritor de gracia infalible –un escritor igualmente encantador en una veintena de diferentes estados, absurdo, sentimental, afectuoso, fantástico, egoísta, desinteresado– que nos sorprende enterarnos de la enorme indiferencia con que se recibió su mejor libro, *Los ensayos de Elia,* cuando apareció en 1823. No hay nada de sorprendente, por supuesto, en que un gran escritor no sea inmediatamente reconocido por sus contemporáneos. Cuando Wordsworth y Coleridge publicaron *Baladas líricas,* por ejemplo, eran revolucionarios que desafiaban los prejuicios aceptados de su época. Keats y Shelley, también, se convirtieron en los *extremos del abuso,* sobre todo en terrenos políticos, antes de que publicaran las obras que posteriormente asegurarían su inmortalidad. Browning, por su parte, sembró de dificultades el camino de sus lectores, lo que hizo imposible que obtuviera una popularidad inmediata. Si leemos la historia de la literatura inteligente, encontraremos que frecuentemente había una justa razón por la cual este o aquel escritor fueron ignorados en un principio, o por qué no se les dio ni siquiera una bienvenida, como era debido. Pero no puedo encontrar ninguna de estas obvias razones ante el comparativo fracaso de *Los ensayos de Elia.*



Charles Lamb

De alguna manera, Lamb ya era conocido en los círculos literarios. Había tenido relaciones amistosas con más de la mitad de los grandes escritores de su tiempo –entre ellos Coleridge y Wordsworth, Leigh Hunt y Hazlitt– y la mayoría de los jóvenes escritores que le conocieron cayeron rápidamente bajo su encanto. No era un tímido ni un extraño cualquiera en el mundo de las letras, que escapase fácilmente a la atención entre una multitud de escritores más afamados que él. Más aún, Lamb era en esa época un autor reconocido, que había publicado sus *Obras,* no sin aplausos, cinco años antes. Aunemos a esto el hecho de que sus ensayos, en su primera aparición en el *London Magazine,* fueron comentados por todos aquellos que los leyeron, y había una especulación general sobre la identidad de Elia. "Nadie", dijo después una dama, cuyo hermano había sido amigo de Lamb, "tenía la menor idea de quién era Elia. Era comentado en todas partes, y todo mundo trataba de averiguar quién era, aunque sin éxito". *Nadie,* obviamente, es una exageración, pero ni aquellos que conocieron a Lamb y debieron haberlo elogiado, ni siquiera aquellos que elogiaban a Elia sin conocerlo, pudieron persuadir al mundo lector en 1823 que una de las obras maestras de la prosa inglesa había aparecido. Quizá no lo intentaron. Quizá ellos mismos no se dieron cuenta. ¿No fue Coleridge quien una vez explicó la diferencia entre genio y talento mediante una comparación de sus propios dones con los más modestos dones de Lamb? El público lector tenía aún menos consciencia de la magnitud de la nueva estrella que había aparecido –era inconsciente, incluso, de que una nueva estrella *había* aparecido. Fue tan escasa la demanda de *Elia,* como se llamó originalmente al volumen, que las ganancias que Lamb obtuvo de él apenas llegaron a las treinta libras, las cuales, además, nunca le fueron pagadas. No fue sino hasta después de su muerte que se convirtió en uno de los más estimados autores de la lengua inglesa.

Posiblemente, nosotros mismos, si hubiésemos vivido en 1823, habríamos reconocido tardíamente la grandeza de un libro basado fundamentalmente en tan aparentes frivolidades como "Las opiniones de la Sra. Battle sobre los juegos de naipes", "Acerca de los oídos", "El elogio a los deshollinadores", y "Una disertación sobre el cerdo rostizado". Es más fácil percibir de una mirada la grandeza de una obra sólida y sustancial –épica, histórica, o una larga novela– que los humorísticos y sentimentales picos y cabos que encontramos en los ensayos de Lamb. Advertimos la grandeza de las cosas pequeñas muy lentamente. Felizmente tenemos la ventaja sobre los contemporáneos de Lamb, de poseer su biografía y sus cartas, y de poder leer sus ensayos

Traducción de Rafael Vargas

percibiendo la grandeza de carácter del hombre que los escribió. Indudablemente esto acrecienta su belleza para nosotros. Sus bromas nos llegan enriquecidas por nuestros conocimiento del trágico fondo contra el cual fueron emitidas. Lamb, el hombre, magnifica a Lamb el escritor que conocemos, y cuando lo leemos, amamos no solamente un libro, sino a un ser humano. Hay críticos que nos dicen que debemos abandonar toda consideración biográfica para juzgar la literatura y que cada libro debe ser juzgado como si no supiésemos nada acerca del autor; y es cierto que cualquier gran obra literaria sería grande incluso si fuera anónima. La excelencia de un libro depende, no de lo que leemos entre líneas, sino de lo que el autor consiguió expresar en él. Al mismo tiempo existen deleites accesorios en la lectura, y de hecho leemos ciertos libros con un inmenso y acrecentado placer porque los asociamos cercanamente a los autores y porque sabemos que sus autores fueron hombres que revelaron una mayor belleza espiritual en sus vidas que en sus escritos. En este caso se encuentran *Los ensayos de Elia.* El trágico y autosacrificado Lamb se encuentra oculto en sus páginas, pero está presente en las mentes de aquellos que lo leen hoy.

El propio Lamb se hubiera quedado atónito si le hubiesen dicho que, después de su muerte, su vida parecería tan heroica y tan llena de interés que su biografía sería escrita en dos volúmenes, y en dos de los más gruesos volúmenes de ese género de literatura. A él mismo, su vida debe haberle parecido comparativamente trivial, excepto por su gran tragedia. Nacido el 10 de febrero de 1775, fue enviado al Hospital de Cristo* a la edad de siete años, dejó la escuela a los catorce, y dos años después comenzaría la vida de miseria como empleado que habría de continuar hasta los cincuenta años. "La melancolía", escribió después, "fue la transición a los catorce años de aquel abundante tiempo libre y las frecuentes vacaciones escolares, a los ocho, nueve y a veces diez horas diarias de trabajo en un despacho. Pero el tiempo nos recompensa parcialmente de cualquier cosa. Gradualmente me fui sintiendo contento, como un animal salvaje en una jaula". No son las circunstancias, como uno imaginaría, las que conducen a la vida de escritor. Sin embargo, a pesar de las largas horas de trabajo, lo encontramos aventurándose unas cuantas veces en la literatura durante su adolescencia, y publicando poemas en el *Morning Chronicle* con su antiguo condiscípulo, Coleridge. A los veinte, como resultado (según se supone) de un desafortunado romance, se vuelve loco temporalmente y es internado en un asilo. Abandonó el asilo después de seis semanas, permanentemente curado, pero unos cuantos meses después su hermana Mary también enloquecería y en un ataque apuñaló a su madre hasta matarla. Había pocas esperanzas de su recuperación, y todo parecería indicar que se encontraba condenada a pasar el resto de su vida en un asilo. El propio Lamb acordó que Mary no debería regresar a casa mientras su padre viviera, pero decidió hacer todo lo que estuviera en su poder para salvarla de las miserias del confinamiento en un manicomio. Contra el consejo de su hermano mayor, se ofreció a responsabilizarse de sus actos si era puesta en libertad y, a la muerte de su padre, la llevó a casa. El resto de su vida es la historia de su paciente y absoluta devoción a ella. "Estoy casado, Coleridge", escribió en el año de la tragedia "a la suerte de mi hermana y de mi pobre padre", y entre todas las páginas heroicas de la historia literaria, no hay ninguna tan espléndida como aquella que describe cómo Charles Lamb, a la edad de veintidos años, toma "todo el peso de la familia" sobre sus hombros y dedica su vida al cuidado de su hermana. Nunca tuvo la felicidad de saber que su hermana se curase más allá de toda posibilidad de recaída. Una y otra vez en los treinta y cinco años durante los cuales mantuvieron el hogar unido, la locura volvía, y una y otra vez un hermano lloroso llevaba al asilo

* Colegio de la época.

a Mary. La idea de lo que podría haberle sucedido si él muriese antes que ella –ella era diez años mayor que él– lo perturbó el resto de su vida, y lo encontramos escribiendo: "Espero que en la voluntad de la providencia esté escrito que mi hermana parta primero (o al menos con muy corta diferencia)." Y Mary también lo deseaba –pero era una esperanza que no habría de cumplirse. Su amor, sus penas y sus aprensiones viven por siempre en la imaginación en ese pasaje en que Cowden Clarke relata que Lamb "dijo una vez (con su peculiar forma de ser tierno, más allá de la aspereza, en un abrupto discurso), "Debes morir primero, Mary". Ella asintió, ligeramente y con una dulce sonrisa, "Sí, debo morir primero, Charles".

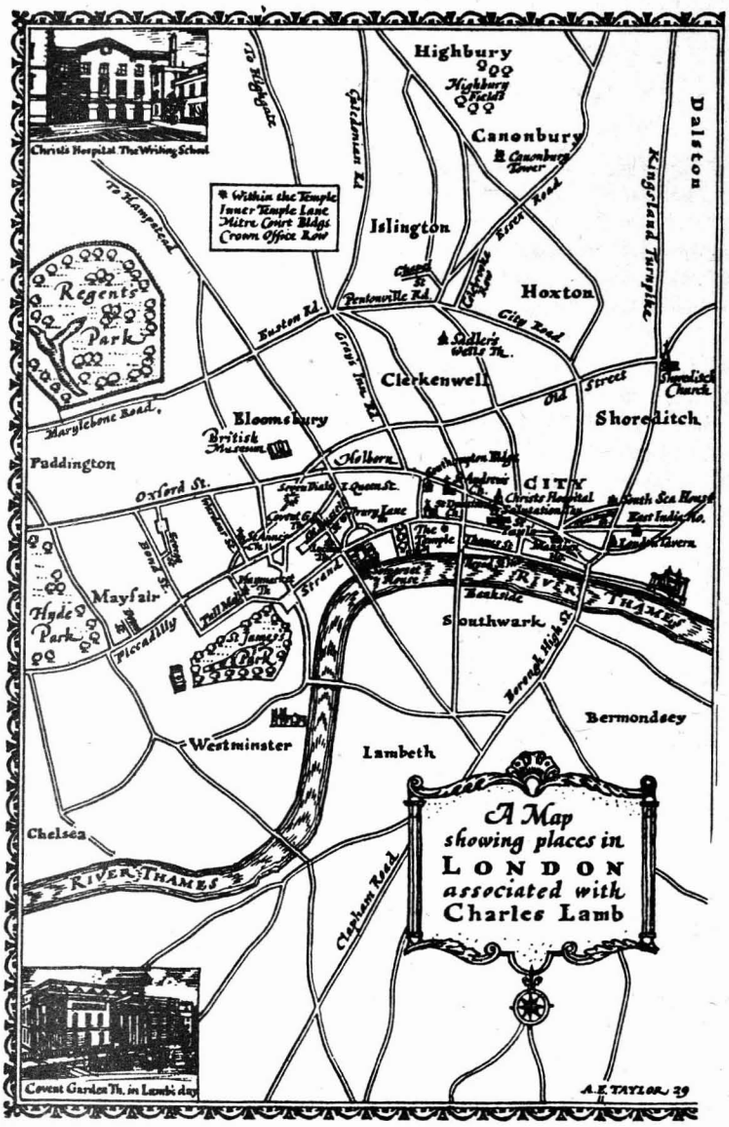
Sería erróneo sin embargo, imaginar que por todos sus sufrimientos y privaciones, la vida de Lamb al lado de su hermana fuese un martirio. Pues tanto él como ella fueron hasta el fin de sus días los mejores compañeros sobre la tierra. "Cuando no es violenta", escribió a los cincuenta y nueve años, durante uno de sus ataques, "su plática me es mucho más agradable que toda la cordura y sensatez de este mundo". Nunca hubo vidas más enriquecidas por el cariño. Las referencias a Bridget Elia, como Lamb llamaba a Mary en los ensayos, disfrazándola como una prima, así lo comprueban. A ella se ligaban sus más afectuosas memorias, y en *La Antigua China,* el más hermoso ensayo (desde mi punto de vista) en lengua inglesa, recuerda con ternura las felices épocas cuando eran jóvenes y pobres y luchaban juntos. Su paraíso, remontándose al pasado, consistía en caminar treinta millas diarias con Mary en los días de fiesta, o escalar juntos las escaleras hasta la galería en el teatro, cuando eran demasiado pobres para comprar asientos en mejor lugar. "¿Te acuerdas?" –ella irradiaba el pasado para él, y, después de un intento de sentido común para justificar el más lujoso presente, repentinamente vomitaba la esponja y confesaba: "Si pudieran volver aquellos días... No conozco ninguna braza que haya tocado fondo tan profundo como el que yo sería capaz de abrir para enterrar mayores riquezas que las que Craso tenía, o las que el poderoso judío R. supuestamente debió tener, para recobrarlos." "Si pudiesen volver aquellos días." El y Mary habían compartido una edad de oro.

Pero resultaría chocante añadir una nota de sentimentalismo a la historia del amor que Lamb sentía por su hermana. No eran solamente un hombre y una mujer de carácter particularmente hermoso, sino también una excéntrica pareja de seres humanos –tan excéntricos que el enfadado Carlyle los describió como "un triste par de fenómenos". El propio Lamb, en *Ruinoso final en Hertfordshire* pone un toque humorístico sobre su vida juntos cuando escribe: "Compartíamos la casa, un viejo soltero y una solterona, en una suerte de doble sencillez; con tan tolerable comodidad, en todo, que yo, por ningún motivo, me encontraba en disposición de subir a las montañas, con la atolondrada prole de un rey, para lamentar mi castidad. Nos entendíamos a la perfección en gustos y hábitos, pese a que eran muy distintos. Generalmente vivimos en armonía, con ocasionales disgustos –como debe suceder en las relaciones cercanas." En este ensayo dos personajes brotan detrás de un cristal roto a la realidad, y no significa que los amemos menos el hecho de que nos provoquen una sonrisa sus irregularidades. El propio Lamb sonríe a Mary y lo que hemos hecho podemos hacerlo sin perderles cariño. La verdad que nunca debemos olvidar respecto a Lamb es que nació comediante y que ahí se encuentra la razón de esos momentos en que no pudo evitar ver cómicamente incluso a aquellos a quienes más amó y estimó, ya fuesen Coleridge o Wordsworth o Mary. Era un bromista y un tramposo, y su sentido cómico se extendió lo mismo sobre Mary que sobre cualquier otro. Quienes visitaban a los Lamb se veían sorprendidos a veces por la manera en que él mezclaba la ternura con la rudeza cuando se enojaba con su hermana. Pero sabemos

que en cierta ocasión, en que se había burlado de su hermana tan despiadadamente que decidió no volver a hacerlo nunca, su nuevo comportamiento le produjo tal malestar a Mary que, después de unos días, ésta se puso a llorar amargamente preguntando la razón por la que la trataba con tanta crueldad. Es esa ocasión descrita claramente en *Ruinoso final* en que Lamb se refiere a Bridget Elia y a sí mismo: "Nuestras simpatías son más bien entendidas que expresadas; y una vez, en que mi voz sonó más amable que de costumbre, mi prima se puso a llorar, y a quejarse de que yo había cambiado." El que haya seguido burlándose de Mary hasta el fin de su vida, lo sabemos por el poeta norteamericano W.P. Willis, que desayunó con ellos en Crabb Robinson en 1834. Mary se había vuelto casi sorda en aquel entonces y Lamb, según Willis se aprovechó de su sordera "para confundirla intencionalmente, y con la mayor seriedad, en cada tema que tratábamos". "Pobre Mary, decía, entiende todo excepto lo más importante." "¿Qué dices, Charles? ", le preguntaba, "El señor Willis decía –elevando el tono de voz– que admira muchísimo tus 'Confesiones de una borracha', y yo le decía que no tenía ningún mérito que supieras tanto sobre el asunto". Quizá para Carlyle, quien era una autoridad sobre héroes y la adoración de los héroes, esto no haya sido sino un ejemplo de "la horrible intención de parecer ingenioso", de la que tanto se quejaba en los escritos de Lamb. Aquel Carlyle que despreciaba a uno de los más nobles seres humanos y a uno de los mejores humoristas de la época con la sentencia: "No conozco a nadie más raquítico, lastimero, extenuado." Bueno, Carlyle era un gran hombre, bondadoso, pero es posible que Lamb fuese mucho más grande y noble, y que para aquellos que lo estiman añada más gracia, mientras, jugando a ser el hombre que enfrenta las grandes responsabilidades de la vida, era también capaz, en un mundo soleado y benigno, de desempeñar el papel de un tonto.

Lamb, por otra parte, no era un héroe ni un mártir, y le gustaba más bien vivir en un nivel cómico. "Tenía una aversión general", nos dice de sí mismo, bajo su disfraz de Elia, "a ser tratado como un tipo serio o solemne"; e hizo todo cuanto estuvo en su mano para escapar a ello. Pero no podía resistir jugar al tonto más de lo que Carlyle hubiese resistido en reformar a sus semejantes. Su mente estaba siempre dando brincos. Le disgustaba toda clase de pretensión, y prefería parecer tonto a ser solemne. "Pocos lo entendían", dice de sí mismo, "y no estoy seguro de que se entendiera a sí mismo todo el tiempo. Se encontraba demasiado afectado por esa peligrosa señora: la ironía. Prefería discursos ambiguos e inequívocamente cosechaba quejas y odios. Podía interrumpir la más grave discusión con una broma que, sin embargo, no era irrelevante para quien pudiera entenderla." La verdad es que siempre se comportaba naturalmente –un hábito mucho más raro de lo que se supone– y el aire ceremonioso de quienes eran serios siempre lo sacaba de sus casillas. Amaba la travesura por sí misma, incluso cuando escribía cartas oficiales al señor Bensusan desde la Casa Oriental de la India; comenzaba: "Sr. y Sra.". Hay muchas anécdotas sobre sus bufonadas, algunas de ellas deliciosas sólo porque eran suyas. Ahí está la historia, por ejemplo, de su encuentro con un poeta mediocre durante una comida y del comportamiento que tuvo para con él: "Lo que usted me muestra me recuerda unos versos que escribí cuando era muy joven", y citaba con gravedad algunas líneas de su obra poética. Mientras más se indignaba el poeta, más lejos iba Lamb y citaba las primeras líneas de *El paraíso perdido* como si él las hubiese escrito, mientras el poeta saltaba de su asiento y observaba con enojo que "Lamb se ha sentado y ha querido hacer pasar como suyos unos 'versitos' sin que nadie proteste, pero yo no puedo soportar ver que alguien plagie a Milton". Otra de las víctimas de Lamb cuenta cómo, en su primer encuentro con Lamb le dijo algo ingenioso: "¡Ja! , muy bien por lo demás", dijo Lamb, "Ben Johnson ha dicho peores cosas (el ingenioso se alegró, pero Lamb continuó, tartamudeando), "y-y-y-mejor". Hazlitt dijo una vez sobre ese Lamb bromista: "Era malicioso, lo cual es una lástima", pero, si no había malicia en Lamb, buscaba la confusión necesaria para contrarrestar la inclinación común, contra la cual protestaba para endulzar su carácter.

"Singular" es una palabra que podríamos usar respecto a Lamb, y era tan singular en su apariencia como en su carácter. Lamb era un hombre de poca estatura y pies planos, con un ojo azul gris y el otro café, que en los últimos años acostumbraba vestir de negro, pero de un negro que generalmente se volvía café por el uso hasta recordar el color café a que era tan afecto en sus primeros años. Usaba rodilleras y calcetines sucios de seda, y aquellos que lo veían por primera vez pensaban que se trataba de una clase de ministro estrafalario de la iglesia metodista. Su grave y hermoso rostro, su hermosa cabeza con su negro y brillante cabello, contradecían la impresión que daban sus ajadas ropas y sus piernas largas "que terminaban en unos pies imposibles por su tamaño, calzados en unos enormes zapatos que, plantados firmemente sobre el suelo, avanzaban lentamente como si fuese un palmípedo". Todo mundo estaba impresionado por la seriedad de su semblante que no rompía en risa ni siquiera cuando hacía una broma, y la señora Mathews asemejaba su rostro con los retratos del Rey Carlos I. Nunca, podría uno pensar, se inclinó un personaje tan extraño sobre un escritorio, en un despacho de negocios en la ciudad de Londres. Sin embargo, el que Lamb haya sido un empleado tan competente como buen escritor, lo demuestra el hecho de que, en la época de su jubilación de la Casa Oriental de la India, su salario



era de siete libras y media y gozaba de una pensión por las dos terceras partes de su salario. Uno de sus compañeros de trabajo declaró que Lamb raramente trabajaba un día completo, que siempre llegaba tarde y que en la oficina pasaba mucho tiempo conversando en los escritorios de sus amigos; hay una famosa historia sobre el enojo de sus superiores: "Señor Lamb, he notado que usted llega muy tarde todas las mañanas" y la respuesta que Lamb le dio: "Pero dése cuenta de qué temprano me voy." Pero estas son historias de un mundo que mide el trabajo mediante el reloj, y toma al trabajador de hábitos irregulares por perezoso.

El corazón de Lamb, podemos estar de acuerdo, nunca estuvo en su trabajo. Estaba en perpetua rebelión contra su "esclavitud", y sabemos, por *El jubilado* que, en la época de su retiro, se había vuelto intolerable para él. "He estado obsesionado siempre", escribía en ese ensayo, "por una sensación (quizá un mero capricho) de incapacidad para los negocios. Esto, durante los últimos años, ha llegado a tal grado, que era visible en todos los rasgos de mi cara. Mi salud y buen espíritu flaquearon. Tenía perpetuamente temor a enfrentarme a una crisis, ante la cual no podría resistir. Además de mi servidumbre durante el día, continúo sirviendo una y otra vez toda la noche durante mi sueño, y despierto aterrorizado imaginando fraudes, errores en mi contabilidad y cosas semejantes." Sin embargo, las ansiedades que Lamb describe en este ensayo, debemos admitirlo, son las mismas de cualquier empleado que tenga conciencia. La inconsciencia no produce tales aprensiones.

A veces es imposible no lamentar que Lamb estuviese esclavizado a un trabajo tan desagradable durante la mayor parte de su vida. Pero no existe ninguna certeza de que hubiera sido más feliz o que hubiese escrito más y mejor si hubiese quedado expuesto a una existencia como la de aquellos escritores de Grub Street.[1] Lamb no tenía ni el temperamento ni la adaptabilidad para ser un mercenario exitoso. Su servicio a la Casa Oriental de la India lo dejaba libre para seguir su propio camino –escribir y leer, como si fuese la mitad de un día festivo– y le permitió aceptar un modesto éxito, e incluso el mismo fracaso, con una sonrisa, con la certeza de que él y Mary no morirían de hambre en ningún caso. Su trabajo como empleado le confirió

1. *Grub Street.* Antigua calle londinense donde vivían en condiciones miserables una serie de escritores que vendían su pluma al mejor postor. (N. del T.).

una suerte de independencia mucho más propicia a un genio como el suyo que las labores literarias que amargaron las vidas de Johnson y Goldsmith. Lamb era, además, desde sus primeros días, un hombre ocioso, a pesar de su molesto trabajo, y rico en amistades, un amante de la compañía, que sólo escribía lo que le gustaba.

Sus primeros escritos publicados fueron versos, y tan sólo tenía veintidós años cuando escribió un poema que lo hizo tan famoso como cualquiera de sus ensayos, "Los viejos rostros familiares". Apareció en un volumen llamado *Verso Blanco,* firmado con dos nombres: Charles Lloyd y Charles Lamb, en el índice. Muchos de los devotos de Lamb, cuando leyeron este poema, imaginaron que lo había escrito en la vejez, pues se asomaba a un mundo despoblado de amigos a causa de la muerte, la separación y el tiempo; y nada puede mostrar más claramente cuán retrospectivo en esencia era el genio de Lamb que el hecho de que, cuando apenas era un joven, pudiera escribir líneas tan llenas de dolor y tristes recuerdos como:

"He reído, me he emborrachado
Bebiendo hasta tarde, conversando hasta tarde
con mis leales camaradas.
Pero todos se han ido, los viejos rostros familiares.
Como un fantasma, pasé los años encantados de mi
niñez.
La tierra parecía un desierto que debía recorrer
Buscando para encontrar los viejos rostros familiares.
Amigo de mi corazón, tú, que eres más que mi
hermano,
¿Por qué no naciste en el hogar de mi padre?
De modo que pudiésemos hablar de los viejos rostros
familiares.
Así como algunos han muerto, otros me han
abandonado,
y otros me han sido arrebatados; todos se han
marchado
Todos, todos se han ido, los viejos rostros familiares".

Aquellos inmejorables primeros escritos de Lamb, estaban ensombrecidos por un sentido de la calamidad del presente, cuando no había certeza de que el mundo futuro fuese más brillante que el presente. Al principio, lo conocemos, sin duda, como un bromista, como cuando, después de salir del manicomio a los veintiún años, le escribió a Coleridge: "Me he vuelto un poco racional ahora y no muerdo a nadie"; pero sus primeras cartas eran mucho más graves que las últimas y, después del ataque de locura de Mary, a veces encontramos los sollozos de un corazón angustiado. *Rosamund Gray,* el cuento que publicó el mismo año que *Los viejos rostros familiares,* refleja un espíritu mucho más triste que el que conocemos en *Elia.* En aquellos años, parece que, inclusive, expresaba los dos aspectos de su genio más abundantemente en las conversaciones con sus amigos que en sus escritos.

Una amistad especialmente importante se formó a finales de 1779, cuando Charles Lloyd le presentó a Thomas Manning, en Cambridge. Manning era matemático, autor de la *Introducción a la aritmética y al álgebra,* pero además de ello, o a pesar de ello, era un humorista cordial y amante del absurdo, y particularmente valiente, como lo demostró después, cuando emprendió un viaje hasta Lhassa, siendo el primer inglés en hacerlo. Probablemente, su forma de pensar era más acorde a la de Lamb que a la de cualquier otro de sus múltiples amigos. Fue él quien le dio a Lamb la idea de escribir "Una disertación sobre el cerdo rostizado", y, aunque su humor es menos sensitivo que el de Lamb, su elogio del cerdo, contenido en una de sus cartas, es de un tono curiosamente parecido al de *Elia.* "¡Cuántos beneficios", escribió, "produce la muerte de ese repugnante y malcriado animal! Y sin embargo, ¡cuánto ruido hace al mismo tiempo! Al escucharlo uno pensaría que está cometiendo un error y no haciendo un servicio. Les doy mi palabra, y aquellos que saben cuántos metros de vísceras son necesarios para hacer una docena de salchichas (tomando prestada la frase de la señorita Halloway) no hay ninguna música como el chillido de un cerdo a punto de morir. ¿Qué induce a tu hermano Juan a decir tal cosa? La razón es que él es un hombre de buen gusto, ama las salchichas. Por mi parte, no conozco mejor platillo, excepto la empanada de angulas".

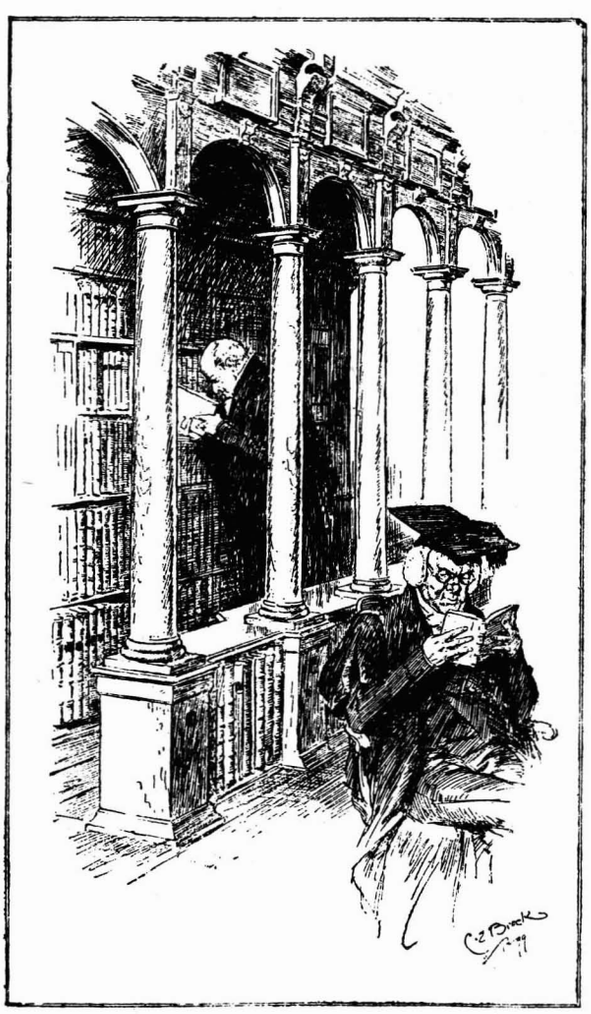
La admiración de Lamb por la mayoría de sus amigos era exagerada –aunque a veces peleó con muchos de ellos, incluyendo a Wordsworth, Coleridge, Hazlitt y Southey, por motivos más bien infantiles– pero a ninguno de ellos idolatró tanto como a Manning, a quien situó incluso por encima de Coleridge, como el hombre más grandioso que jamás hubiera conocido. No podemos creer que Manning fuese realmente grandioso, pero es probable que de todos los amigos de Lamb él haya avivado su genio más que cualquier otro. Es como si Lamb hubiese incorporado lo mejor de Manning a sí mismo y, aunque algunos de sus conocidos le hayan sido de más valor como temas o personajes, ninguno de ellos nos causa la misma impresión de haber colaborado con Lamb.

Es más curioso aún que no haya sido sino hasta una generación después cuando Lamb se familiarizó con Manning, que Lamb diera más que signos fragmentarios de su genio como un humorista al mismo tiempo juguetón y profundo. Durante los diez años que siguieron a la aparición de su primer libro, sus principales obras fueron *John Woodvil,* una breve obra de teatro, según sus propias palabras, "sobre el modelo de Shakespeare"; *Mr. H.,* una farsa que fue abucheada durante su representación en Drury Lane en 1806, y en cuya ocasión el autor se unió con alegre entusiasmo al abucheo; los *Cuentos basados en las obras de Shakespeare*[2], en los que

2. Este libro se encuentra publicado en castellano por la colección Austral No. 465 (N. del T.).

colaboró con Mary, y *Specimens of English dramatic poets,* que hizo, más que cualquier otro libro, que el siglo XIX se infectara de un cierto gusto por la literatura isabelina. Si Lamb hubiese muerto a los treintaicinco años hubiese sido recordado, no como ensayista, sino como un autor menor cuyas obras se reducirían a los títulos anteriores y a *Las aventuras de Ulises.*

Aunque para ese tiempo, sin embargo, ya había contribuido al periodismo de la época con unos cuantos ensayos cuyo tono permitía entrever su genio. A los veintisiete años escribió en el *Morning Post,* en forma de carta al editor, un ensayo llamado *El londinense,* en el cual su divertida insolencia –insolencia que recorre sus más deliciosos trabajos– estaba ya buscando una manera de ser expresada. "Nací, como seguramente se ha enterado usted", escribió, "en medio de una muchedumbre. Ello ha producido en mí una afición absoluta a ese estilo de vida, provocándome una casi insuperable aversión a la soledad y a la vida rural... No vacilo en declarar que una multitud de rostros felices apretujándose contra la puerta que conduce a las lunetas del teatro Drury Lane justo a la hora de las seis, me produce un placer mil veces mayor que los que me pueden dar todas las estúpidas manadas de ovejas que hayan blanqueado los campos de Arcadia o Epsom Downs". Aun así, estos adelantos de los que serían los ensayos de *Elia* eran poco frecuentes fuera de las cartas hasta que Leigh Hunt fundó la revista trimestral *The Reflector* en 1810. Lamb entregó a esta revista un buen número de ensayos, algunos de ellos de un humor feroz, tales como aquellas conversaciones a las que él y Manning deben haberse entregado muchas veces durante una borrachera. Los ensayos, por ejemplo, se llamaban *Las inconveniencias resultantes de haber sido ahorcado* o *Sobre las sociedades de enterradores.* La jocosidad de Lamb, lejos de haber sido gentil, tenía un elemento macabro que se hace patente en estos ensayos. Es como si hubiese aprendido a bromear con la desgracia misma. En el segundo ensayo, el solemne anuncio de un enterrador los excita a construir fantásticas y cómicas escenas sobre los ataúdes. Inspirado por ese anuncio, anuncio que comenzaba, "Una magnífica oportunidad se ofrece ahora a cualquier persona, de cualquier sexo, que desee ser enterrada de una elegante manera". Lamb adopta un gracioso tono de verosimilitud cuando escribe, citando la frase del enterrador:



> "El hombre", dice Sir Thomas Browne, "es un noble animal, espléndido en sus cenizas y pomposo en la tumba". Quienquiera que haya hecho este pequeño anuncio ciertamente comprendió este apetito por las especies, y ha preparado una abundante provisión para satisfacerlo. Realmente, casi lo induce a uno a un *tedium vitae* el puro hecho de leerlo. Me parece que incluso desearía morir para recibir tan finas atenciones una vez muerto. Las dos hileras conduciendo el negro ataúd con brillantes clavos, ¡cuán sinceramente invitan, y casi irresistiblemente nos persuaden a ser enterrados! ¿Qué acongojada cabeza puede resistir la tentación de reposar que la mortaja, la almohadilla y el capelo ofrecen, qué sufrimiento hay en la muerte que las asas con garras de hierro forjado no estén dispuestas a alejar? ¿Qué victoria en la tumba que las joyas y los adornos de seda del ataúd no vuelvan por lo menos envidiable?...

Leyendo estos ensayos en nuestros días podemos ver en ellos signos del impertinente humor de Lamb –humor que depende fundamentalmente, en muchas ocasiones, de su impertinencia, pues Lamb no respetaba ni ocasiones ni personas.

Entre sus primeros ensayos encontramos ciertas trivialidades cuya recuperación no se consideraría importante si Lamb no hubiese escrito posteriormente *Los ensayos de Elia;* pero, así como hay riachuelos que son famosos solamente porque de-

sembocan en el Támesis, así el menor de esos breves ensayos excita nuestra curiosidad ahora por haber sido escritos por Lamb. Incluso sus ensayos críticos –y Lamb, cuyo buen gusto ha sido tachado de infalible, fue uno de los críticos más imaginativos en la historia de la literatura inglesa– son un tesoro que podría haber permanecido encerrado si no hubiésemos descubierto una llave de oro en *Elia.*

Sin embargo, pese a todas estas prometedoras cualidades de la primera mitad de su vida, pareció durante un tiempo como si Lamb hubiera abandonado la escritura a los treintaiséis años. Entre 1811 y 1820 lo único que hizo fue jugar a los naipes y recibir a sus amigos, y preparar sus *Obras Completas* para publicarlas en 1818. Un crítico, el señor Lucas, sugiere que un motivo de esta improductividad puede haber sido su excesiva popularidad y accesibilidad. Sabemos que mientras trabajó en la Casa Oriental de la India todos sus compañeros lo estimaban y lo llamaban "Charley". Toda clase de hombres, desde cuáqueros hasta Wainewright el asesino, y desde el discreto Wordsworth hasta el irresponsable Leigh Hunt, estaban encantados en su círculo. Como prueba de la asfixiante naturaleza de su fama de buen camarada, existe una carta escrita a la señora Wordsworth en la que Lamb se queja con una sonrisa desesperada que nunca se le permite estar solo. "¡Oh! ," se lamenta:

> "¡Oh, el placer de comer solo! ¡Comer a solas! Quisiera imaginarlo. Pero entonces llegan ellos, y se vuelve indispensable abrir otra botella de licor de naranja –pues mi comida se vuelve de piedra si alguien come conmigo y no tengo vino –y el vino puede deshacer las piedras. Pero luego ese vino se vuelve amargo, ácido, con cierto sabor a misantropía por el odio que me producen mis interruptores (¡Y que Dios los bendiga! Amo a algunos de ellos profundamente) y con el odio una aversión aún mayor a que tengan que marcharse. Me hace daño el mar muerto que traen con su presencia, es asfixiante y mortífero, pero peor es aún la arena muerta que me dejan si se van antes de la hora de dormir. No vengan nunca, les diría a quienes arruinan mi comida, pero si vienen nunca se vayan. El hecho es que estas interrupciones no suceden frecuentemente, pero cada vez que pasan me toman por sorpresa y descubro la ruina de mi vida; licor de naranja, con todas sus tristes y horribles consecuencias. Me agrada la compañía por las tardes tanto como mañanas he vivido, pero estoy saturado de caras (*divinas,* ciertamente) y voces todas las mañanas, y cinco tardes a la semana es todo lo que puedo desear en cuanto a compañía, pero le aseguro que me considero afortunado la semana en que puedo disfrutar de una o dos tardes a solas. No soy nunca Charles Lamb, sino Charles Lamb y compañía."

Aun así, Lamb buscó durante este periodo de su vida hacer más imposible que nunca su soledad al proponerle matrimonio en 1818 a Fanny Kelly, la actriz –una proposición en la que Lamb parecía hablar no sólo en su nombre, sino también en el de Mary.

El aumento de su reputación aún durante una década de indolencia se hace evidente en el hecho de que cuando John Scott fundó el *London Magazine* en 1820, invitara a Lamb a colaborar en él. Tenía entonces casi cuarenta y cinco años, con una entrada económica suficiente para cubrir sus necesidades, y parecía haberse adaptado a una vida, aparte de su trabajo diario y su devoción hacia su hermana, de conversaciones y chanzas con amigos, con un vaso y una caja de tabaco a su lado, y a una pipa entre los labios. Es absolutamente improbable que hubiese escrito *Los ensayos de Elia* si no hubiese tenido un impulso exterior. Había rechazado otras invitaciones a escribir, con ofertas de alta remuneración y, al final, según Barry Cornwall "se encontraba casi atormentado escribiendo *Los ensayos de Elia.*" Por una afortunada inspiración, decidió no firmar con su nombre sino tomar prestado el nombre de un empleado que había conocido muchos años atrás en la Casa Marítima del Sur. Refugiado tras el pseudónimo de Elia, tuvo la libertad suficiente para escribir sobre su propia vida –sus afectos, sus amigos, sus gustos, sus particularidades– con la franqueza de una charla privada. Escribió su autobiografía, además, con la libertad de un escritor de ficción y desnudó su corazón bajo el supuesto de que se trataba de un personaje ficticio. Su método era el opuesto al de Montaigne. Montaigne fue un realista, decidido a mostrarse a sí mismo sin disfraz y tan desnudo como la decencia lo permitiera. Lamb no tenía ninguna intención de llevar a cabo tan importuno autorretrato. Esencialmente tan verdadero como Montaigne, evitaba dar al mundo serias y detalladas descripciones de sí mismo, y sólo pudo ser inducido a escribir acerca de sí mismo bajo un disfraz y como un entretenimiento. No era un escritor con deseos de confesarse. Pudo ser lo suficientemente egoísta para confesar su falta de simpatía por los judíos y los escoceses, o su gusto por los lechoncillos, o su deseo de tener oídos para la música, pero, de acuerdo a su manera de pintar las cosas, no fue deliberadamente como se convirtió en el principal personaje de su pintura. Podía escribir de empleados que conoció alguna vez en la Casa Marítima del Sur, o de los decanos del Colegio de Abogados, de actores, de su viejo amigo Jem White, quien instituyó el festín anual para los deshollinadores, de su padre, de su madre, su hermana; y era más bien a ello que a él mismo a quienes veía como las figuras principales de sus ensayos. Aunque a veces eran disfrazados de alguna manera, se reservaba el derecho de inventar como el de reportar los hechos. Cualquiera que lea superficialmente ensayos históricos en los que Cambridge aparece presentado como Oxford, estará absolutamente perdido. Lamb

escribió como un artista imaginativo, no como un testigo declarando bajo juramento. Y cuando se señalaba que de acuerdo a sus escritos había nacido en más de media docena de lugares, él reía y reclamaba para sí mismo las mismas libertades de nacimiento múltiple que Homero.

Sin embargo, con todas sus cómicas perversiones y mistificaciones, Lamb nos ha dado en los *Ensayos de Elia* uno de los libros más auténticamente autobiográficos de la lengua inglesa. Los materiales están ampliamente tomados de su niñez y su adolescencia, pero grabó en todos ellos todos los afectos y experiencias de la última época, y, en consecuencia, no existe autor inglés a quien parezcamos conocer más íntimamente, ya sea como un niño llorando asustado en la noche, o como un pobre escolar feliz en su reverencia al maravilloso Colerdige, o como un hermano acompañando a su adorada hermana un día de fiesta, o como un bachiller soñando sueños de niños no natos, o como un vago confiado en la dulce seguridad de las calles de Londres, o como un viejo empleado caritativamente jubilado con una cómoda pensión. El autorretrato es principalmente indirecto. Lamb no nos invita ni a amarlo ni a admirarlo. Consigue ambas cosas como accidentalmente y a pesar de sí mismo. Lo amamos, no porque se haya amado a sí mismo, como muchos de los escritores que hacen su autobiografía, sino porque amó entre otros a los pequeños deshollinadores, y porque escribió sobre ellos frases como: "Lector, si encuentras a alguno de estos nobles pequeños en sus tempranos vagabundeos, es bueno darles una moneda, aunque sería mejor darles dos."

Samuel Taylor Coleridge

La caridad, por lo demás, parece haber encontrado su más rica expresión en prosa inglesa en los escritos de Dickens y Charles Lamb. La bondad en sus escritos es al mismo tiempo más atractiva y más divertida que en cualquier otro prosista inglés. No es que Lamb fuera un moralista; Wordsworth reprobaba "los extraños personajes" con que se mezclaba y "el abandono al humor y a las fantasías que resultaban frecuentemente injuriosas para él mismo y provocaban severas tristezas a sus amigos." Y encontramos a Lamb en sus cartas riéndose de sus debilidades tanto como de las debilidades de sus amigos. Pero hay una bondad natural en todos sus escritos que es más sugestiva que mil sermones. Sus errores se transforman en cualidades gracias a las supremas virtudes del valor y la caridad.

En cuanto al fin de su vida, habiendo escrito *Elia,* y habiéndose retirado del trabajo con una pensión, se despidió de todas las propuestas y ofrecimientos para escribir, hasta su muerte, a la edad de cincuenta y nueve años. El señor Lucas sugiere que su liberación de la diaria rutina del trabajo no fue ninguna bendición, pero es difícil tener la certeza de que Lamb hubiese bebido menos ginebra o escrito más ensayos si hubiera continuado en su empleo. Nosotros, ante sus obras, no podemos sino sentirnos satisfechos. Son redondas y completas, y también hay algo de redondo y completo en la tragedia y comedia de su biografía. Sus defectos encajan graciosamente en un retrato siempre atractivo, y no hay ningún escritor en la tierra a quien aceptemos exactamente como es y sin reservas, como a Charles Lamb. Sus lectores, además, lo aman lo suficiente para desear que hubiera sido distinto del que fue, incluso en su "parcialidad y predilección hacia la producción de bayas de enebro". Y lo amamos sobre todo porque, siendo una figura trágica, no se lamentó de sus problemas, sino que se mostró siempre como un camarada singular, en cuya vida no había pasado nada muy importante excepto que una vez atrapó a una golondrina de un ala; un autor fracasado al que puede describirse como "la ruina del editor"; un escritor de frases extraordinarias y un amante de personajes raros, libros viejos, y el teatro. La virtud de los ensayos es principalmente la virtud de aceptar la vida sonrientemente con todas sus asperezas. El genio está en ellas al nivel de la vida común y corriente, y las endulza con risa y consoladora simpatía, y las embellece con frases raras que las vuelven uno con lo antiguo.